



COSITAS SUELTAS

Por Carlos Robreño

HOY, que se cumple un año más del artero asesinato de Julio Antonio Mella, en una calle de la capital mexicana, creemos oportuno dedicar unas líneas de recordación a la memoria de quien fuera nuestro compañero en distintas ocasiones.

Conocimos al destacado y fogoso líder cuando nadie podía sospechar en él cualidades para tan relevante actividad. Eramos compañeros de aula en el colegio "San Francisco de Paula" dirigido por ese constante educador que es Pablo Mimó, quien todavía, a sus ochenta y tantos años, podemos afortunadamente contarlo entre nosotros.

Mella, con quien hablábamos de pupitre a pupitre, era un niño estudioso, tranquilo. De rostro sonrosado y de cabellos encrespados, peinados por el cariño maternal, según costumbre de la época. Su carácter reflejaba docilidad, sin gestos de rebeldía y, al repetir frente al maestro Seijo, las lecciones matizaba su pronunciación con un "zezeo" tan simpático como infantil.

Nosotros continuamos los estudios del bachillerato en el colegio "Mimó", pero un buen día dejamos de ver a Mella, hijo de un célebre sastre de la calle Obispo, hasta que pasados los años volvimos a encontrarlo en el antiguo gimnasio del Centro de Dependientes, con entrada por la parte del fondo, frente al entonces parquecito de Sevilla, contiguo al lugar donde actualmente se alza la estatua de Zayas.

Una tarde, mientras tratábamos de subir una de aquellas llamadas escaleras de "puñales", reanudamos nuestro viejo compañerismo de las aulas escolares. Ya Mella era mocetón fornido. Su pelo crespo, varonilmente recortado remataba su atlética figura en la que se destacaba un rostro anguloso al que los ojos, casi saltones, de inquieta mirada denotaban inteligencia singular, en tanto su mentón, pronunciado, acusaba la firmeza de su carácter fuerte.

De aquel Mella, colegial obediente, al otro Mella gimnasta, que obstinadamente se empeñaba en poner su recia musculatura a contribución de triunfos deportivos como remero o basketballista, existía marcada diferencia. Y esta transformación se hizo más patente al matricularse como alumno de Derecho en la Universidad, por cuyos antiguos pasillos, ya des-

aparecidos, volvimos a tendernos mutuamente los lazos del compañerismo, que habríamos de renovar por cuarta vez en los trajes periodísticos, cuando se publicó por vez primera esa revista "Alma Máter", de tan vibrante historia no sólo en el proceso estudiantil, sino también en las luchas cívicas.

El impulso incontrastable de Mella, a punto ya de convertirse en líder, sirve de abono a la semilla de inconformidad sembrada entre las juventudes universitarias por el doctor Arce, catedrático de la Universidad de Córdoba, en la República Argentina, que nos visitó en ocasión de un Congreso Médico celebrado en la Habana, en 1922.

Mella se convirtió en la figura cimera de aquella viril protesta que surgió en nuestro primer centro docente, bajo el rectorado del sabio Don Carlos de la Torre, y puede decirse que esa revolución de 1923 fué el inicio de la rebeldía de las juventudes cubanas, que después de la guerra de independencia habíanse mantenido a través de un cuarto de siglos en actitud estática y paciente.

La huelga de estudiantes dentro del recinto de la vieja Piroctenia, sin amplia escalinata y sin modernos pabellones, dió paso al episodio más destacado de aquel movimiento: la toma de la Universidad por los propios alumnos.

Los revolucionarios triunfaron en sus empeños, pero muchas de aquellas ventajas desaparecieron posteriormente, cuando los alumnos lentamente fueron retirando su apoyo a Mella, que había derivado a doctrinas más extremistas.

Y como alguien nos ha preguntado acerca de un paralelo entre Julio Antonio y Eddy Chibás, responderemos que ambos han sido los más destacados agitadores de masas que hemos tenido en los últimos lustros. Igualmente honestos e igualmente valientes hasta la temeridad, Mella tenía a su favor la presencia física y su mayor cultura, mientras Eddy limitaba su radio de acción a los problemas políticos, el hijo del sastre de la calle de Obispo llevaba a sus campañas otras proyecciones sociales.

Ambos, sin embargo, sufrían de defectos en su pronunciación que no podían disimular al dirigirse a las multitudes. Chibás, su "erre" tajante y Mella su "zeta" pertinaz.